SINESIO DELGADO

El Cavacorta

EL LIBRO POPULAR

AÑO I. 20 CENTS. NÚM 12

EL LIBRO POPULAR

Se publica los jueves

Director: Francisco Gómez-Hidalgo

Oficinas: Huertas, 43

Apartado de Correos, 547

MADRID

Horas: De 10 á 2 y de 3 á 6

TODOS LOS DÍAS

LIBROS QUE LEER

Hablaremos en esta Sección de los libros y revistas cuyos autores ó editores nos remitan dos ejemplares.

Campos de Castilla.—Antonio Machado, que vegeta en Soria, siendo profesor de francés en aquel Instituto, ó algo así, ha publicado recientemente con este título un nuevo libro de poesías.

El artista, impresionado por la austeridad, circunstancias é idiosincrasia de una raza, sintetiza con la rima lo que llegó á hacer vibrar la cuerda de su fantasía; pero tan sujeto á lo real, tan acoplado al lugar, tan clásica y tan justamente está hecha la transcripción de este sentimiento, que difícilmente de entre nuestros poetas vivos puede hallarse quien sostenga el paralelo con Machado.

Gabriel y Galán es el único que hubiera podido parangonar su obra. Ambos son igualmente intensos y fáciles, igualmente sintéticos y representativos.

Leyendo «Por tierras de España», «Campos de Soria», bellos trozos del último libro de Antonio Machado, vienen á nuestro recuerdo aquellos admirables cantos del poeta salmantino, que nació y vivió para las llanuras de su tierra castellana, é igualmente al fijar nuestra atención en estas poesías, se aparecen á nuestros ojos esos cuadros de dulzura y placidez que tanto inspiraron á Fray Luis.

Cultura Hispano-americana.—El número último de *Cultura Hispano-americana* dedicado á biografiar la personalidad del director de la Biblioteca Nacional y académico D. Francisco Rodríguez Marín, es en extremo notable y de él es «clou» un interesantísimo trabajo del ilustre senador demócrata D. Luis Palomo.

Palomo, este político ejemplar por su desinterés y su nobleza, que merece cien veces ser ministro, es, además, un gran escritor, y contando la vida íntima de Rodríguez Marín ha hecho un trabajo delicado y ameno, que honra á la publicación en que aparece.

La Revolución Social.—D. Ubaldo Romero de Quiñones, viejo y habilísimo escritor, paladín siempre de buenas causas, ha publicado con este mismo título un tomito, en el que se estudian con gran conocimiento y discreción las aspiraciones de las masas productoras asociadas.

Es un libro que debe leer todo el que desee orientarse en los procedimientos y medios para redimirse de la esclavitud del salario; aunque naturalmente, en él es todo teoría...

Biblioteca para todos.—Se ha publicado el volumen LII de la popular «Biblioteca para todos», verdadero archivo de la alegría y del buen humor. Se titula «Cuentos andaluces» (2.ª serie), y es una colección de más de cincuenta cuentos y chascarrillos con toda la sal de la tierra andaluza.

También ha aparecido el volumen LIII, con el título de «Chascarrillos aragoneses», originales de Caireles y Navasal, y contiene buen número de cuentos y chascarrillos, donde luce la verdadera gracia baturra.

Catálogo ó Indicador general alfabético de la Legislación vigente en España, por D. Manuel M. Moragas Manzanares, abogado con ejercicio, director de la Bolsa del Trabajo de Barcelona, vicecónsul de Bolivia y ex cónsul del Salvador.

Teoría de las obligaciones en el derecho moderno, expuesta conforme á la doctrina y á la jurisprudencia italiana, francesa y alemana, por Jorge Giorgi; traducción de la séptima edición italiana, anotada con arreglo á las legislaciones española y americana por la Redacción de la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia.*

Ni *El duende de la Colegiata* ha averiguado todavía qué es el

ALEXGO

¡Prodigioso! ¡Maravilloso!

PEREZ MOLINA Ultimo "chic,, en pulseras de dida y botonaduras de brillante.

CARRERA DE SAN JERONIMO, 28

AGUA DE COLONIA CONCENTRADA

Sus condiciones higiénicas, su perfume fino, elegante y permanente, hacen sea la predilecta en los tocadores de buen gusto.

ÁLVAREZ GÓMEZ - Calle de Peligros, núm. 1 duplicado.

¿NO HABÉIS OÍDO DECIR DE UNA MUJER QU ES FEA, PERO QUE TIENE UNA BOCA FRESC Y UNA DENTADURA PRECIOSA? ESA GAST

LICOR DEL POLO

AGUAS DE CESTONA

HEPÁTICOS

De venta: Plaza del Angel, 18, y farmacias y droguerías

Precio: 1,25 pesetas.

424115

EL LIBRO POPULAR
Núm. 12.—26 Septiembre 1912

EL ANACORETA

PERSONAJES

Sara.
Silvia.
Marco.
Lorenzo.
Fabricio.
Arcadio.
Daniel.
Un capitán.
Dos oficiales.
Cortesanos.
Saltimbanquis.

astillo real de recreo en las cercanías de la capital del Estado. Habitación decorada severa y ricamente, con el fondo abierto en arco para comunicar con una amplia terraza almenada, desde la cual se divisa un valle con caseríos y arboledas. Daniel y otros cortesanos, en trajes de caza, forman grupos, que se deshacen al aparecer Fabricio.

FABRICIO

Retiraos si queréis, señores. El príncie renuncia hoy á la cacería. Todo ruido daña, toda compañía le estorba. Á mí, fiel servidor, su amigo, su confidente, acaba de arrojarme de la habitación de mala manera.

DANIEL

¿Está peor, entonces?

FABRICIO

Está... como siempre. De endiablado humor, abatido, irritado, ¡deseando morirse!...

DANIEL

¿No será todo eso algo así como barruntos de locura? Ya sabéis que su abuelo...

FABRICIO

Sí; su abuelo acabó pegando fuego al palacio después de acuchillar á la servidumbre. Pero si el príncipe está loco no es de esa manera. ¡Ojalá! Siquiera tendríamos emociones fuertes, saldríamos de esta atmósfera de aburrimiento... Porque

la manía tranquila y silenciosa de Su Alteza es insoportable.

DANIEL

Pero preferible á que le diera por caer sobre nosotros, espada en mano.

FABRICIO

¡Quién sabe! Sobre que él no se ha de salvar y nosotros nos hemos de morir de tedio...

UN CORTESANO

¡Ah! Pero ¿de veras creéis que no podrá salvarse?

FABRICIO

Ya lo veis. Mal le sentaba la corte con su agitación y su estruendo, pero este sosiego del campo le sienta peor todavía.

OTRO CORTESANO

Los doctores de cámara ¿qué dicen?

FABRICIO

Que Su Alteza no tiene ninguna enfermedad. Que está sano y bueno como cualquiera de nosotros. Y se va á ver el caso extraordinario de que se muera un hombre lleno de salud, cuando los sabios aseguran que no debe morirse.

OTRO CORTESANO

Pero ¿nadie ha atinado con la causa de ese mal extraño?

FABRICIO

Nadie.

DANIEL

¡Bah! Porque vos no habréis querido decirlo.

FABRICIO

¡Ah! ¿Creéis que yo sé...?

DANIEL

Como nosotros y mejor que ninguno, puesto que os cabe algo de culpa.

FABRICIO

¡Cómo! ¿A mí? ¡No os entiendo!

DANIEL

¿Disimuláis aún? Bien hizo el príncipe en depositar en vos su confianza, puesto que sabéis guardar un secreto.

EL PRIMER CORTESANO

Pero en este caso es el secreto á voces. Lo conoce toda la ciudad, y tal vez todo el reino.

EL SEGUNDO CORTESANO

El primero, naturalmente, el soberano.

FABRICIO

Soy yo el único, entonces.

DANIEL

¿Por qué hemos salido de la corte y hemos venido á este castillo donde nos aburrimos hace quince días, sin otras diversiones que la caza y la contemplación de la naturaleza casi virgen? Porque el mal del príncipe es de los que dicen que se

curan con la ausencia; porque es mal de amores, que no alivian emplastos ni pócimas.

FABRICIO

¿Suponéis, por lo visto, que Su Alteza está enamorado?

EL CORTESANO PRIMERO

Y vos estáis cierto, puesto que por fuerza habéis mediado en el lance.

EL SEGUNDO

Que no es la primera vez, y no os va mal en ello.

FABRICIO

Repito que estáis equivocados todos. El príncipe nada me ha dicho.

DANIEL

Profunda es la herida, cuando de vos mismo la oculta. Pero habréis oído hablar siquiera de esa mujer diabólica que vino á la ciudad, no se sabe de dónde, á llevarse almas y riquezas.

FABRICIO

¿A qué oídos no habrá llegado su fama? Dicen que tiene tan espléndida hermosura, tal elegancia en el atavío y tan grande encanto en toda su persona, que no hay hombre alguno, chico ni grande, noble ni plebeyo, que no se sienta y declare, á su sola vista, rendido y deslumbrado.

DANIEL

Y dicen más. Dicen que el príncipe la ha visto y hablado secretamente.

FABRICIO

¿Cuándo? ¿Cómo?

DANIEL

A espaldas vuestras, sin duda. Tened cuidado que, por lo que se ve, hay alguien que codicia vuestra plaza y hace méritos para conseguirla.

FABRICIO

Seguid vuestro cuento.

DANIEL

El cuento es que Su Alteza está hechizado desde aquel punto y hora... y esa es la enfermedad que no descubren los doctores. ¿Comprendéis ahora la razón de nuestro destierro?

FABRICIO

No la comprendo. Mejor sería dejar cierta libertad al príncipe. Es un sistema que se ha seguido otras veces con buenos resultados. El hastío le curaría.

DANIEL

Con otra mujer, sí; con esta aventurera, no. Todos están conformes en que, cuando por ella prende en los corazones la llama del amor, ya no se apaga nunca.

FABRICIO

¿Es, pues, verdaderamente peligrosa?

DANIEL

Según cuantos la conocen causa la sensación del vértigo sobre el abismo. No hay más remedio que caer y estrellarse. *(Aparece Arcadio, paje.)*

ARCADIO

Señores; Su Alteza desea salir aquí, á respirar del aire del campo.

FABRICIO

Gracias á Dios. Dile que todos le esperamos para servirle y distraerle.

ARCADIO

Perdonad. Desea estar solo y os suplica que os alejéis de este sitio.

DANIEL

¡Siempre solo! La soledad va á matarle.

ARCADIO

Y ¿qué queréis que yo le haga? Es orden suya.

FABRICIO

Ya la oís. Salid todos.

ARCADIO

Vos también, por supuesto.

FABRICIO

¡Cómo! ¿Ni mi compañía le agrada?

ARCADIO

No lo sé. Transmito sus órdenes. *(Vase.)*

FABRICIO

No hay más que obedecer. Salgamos.

DANIEL

Repito que habéis perdido su confianza. *(Vanse por la terraza. En seguida vuelve á aparecer Arcadio, y tras él el príncipe Lorenzo.)*

ARCADIO

Ya no hay nadie. Podéis salir, señor.

LORENZO

Acércate al muro y mira hacia el sendero que se pierde en el bosque. *(Arcadio obedece.)* ¿No ves nada?

ARCADIO

Nada.

LORENZO

¿Ni allá lejos, en el camino real, al otro lado de los árboles?

ARCADIO

Tampoco. No va ni viene por él alma nacida.

LORENZO

Habrán detenido al mensajero. La habrán preso ó desterrado á ella tal vez. Si no lo han hecho me enviará noticias ó vendrá. ¡Me prometió venir fuera como fuera!

ARCADIO

No os fiéis de promesas de mujer, señor, y menos en este caso en que, aunque quisiera, no podría cumplirlas.

LORENZO

¿Por qué? Para su voluntad no hay nada imposible.

ARCADIO

Esto sí. Ya sabéis lo que os han dicho. Depende la salud del reino de que os separéis para siempre.

LORENZO

Pero la salud del reino depende también de la mía, y sin esa mujer divina me

muero... Hoy la espero no más. Si en todo el día no viniere, mañana corro yo á buscarla.

ARCADIO

No hagáis tal, señor; á esas mujeres no se las debe visitar sin previo aviso. Corréis el riesgo de averiguar algo que os desagrade.

LORENZO

¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Qué supones?

ARCADIO

Lo mismo que vos, señor; y perdonad que os descubra el pensamiento. No es la separación lo que os apena y entristece, son...

LORENZO

Dilo de una vez. Son los celos. ¿Y cómo no, si ni estrechándola entre mis brazos estoy seguro de que en aquel momento es solo mía? Esa mujer es la traición y la mentira hechas carne. La temo, me desespera y la adoro.

ARCADIO

Por eso vive y triunfa.

LORENZO

Y por eso me ha dominado como ninguna otra, haciéndome formar humildemente en las filas de sus esclavos con la cadena al cuello. Ó viene ó la busco.

ARCADIO

Calmaos, señor; medid las consecuencias de semejante locura.

LORENZO

Pesadas y medidas están. Cualquiera de los vasallos de mi padre puede perseguirla, ganarla para él solo, abrasarse en aquel fuego del infierno y arruinarse por ella. Solo yo, el grande, el poderoso, he de consumir mi pasión en esta calma abrumadora, sujeto á la argolla de la razón de Estado, hasta que las ansias del amor me aniquilen y el veneno de los celos me mate. Por esa desigualdad me irrito y contra semejante injusticia me rebelo.

ARCADIO

Tened prudencia y disimulad. Viene gente. *(Aparece Fabricio en la terraza.)*

LORENZO

Es Fabricio. ¿Qué pasa?

FABRICIO

Perdonadme que contravenga vuestras órdenes; pero acaba de llegar una persona que desea hablaros.

LORENZO

Es ella ¡por fin!

ARCADIO

¿Se habrá atrevido?

LORENZO

¿No ha dicho quién es?

FABRICIO

Ni hace falta. Trae una orden del rey.

LORENZO

¿Del rey? ¡No es ella!

ARCADIO

¿Quién sabe? Capaz es de todo.

LORENZO

(A Fabricio.) ¿Tú conoces á esa persona?

FABRICIO

Sí, Alteza. Es el monje solitario del Pe-

ñascal, que vive en una choza miserable en lo alto de la montaña.

LORENZO

¿El monje del Peñascal? Mi padre se burla de mí. Sabe que me muero por una mujer hermosa y me envía un fraile.

FABRICIO

Nada como la religión para devolver la paz á vuestro espíritu.

LORENZO

¿De veras? Pues dile que no quiero verle. Que se vaya.

FABRICIO

Señor...

LORENZO

¿No oyes? Que se vaya he dicho. Ni estoy tan sano que pueda sufrir sermones, ni tan enfermo que necesite encomendar á Dios el alma.

FABRICIO

Pensad que eso no puede hacerse. Ni el mismo rey se atrevería á negar la entrada á este monje, cuya fama de santidad se ha extendido por todo el mundo. Si lo hiciérais perderíais la estimación del pueblo, que le admira por su virtud y lleva de boca en boca sus milagros.

LORENZO

¿Lo crees así? Pues bien; dile que le espero. *(Vase Fabricio. El príncipe se dirije á Arcadio.)* Déjame con él.

ARCADIO

Oidle y atendedle. Acaso pueda salvaros.

LORENZO

No lo creas. No son capaces de arrancarme este amor todos los frailes de la cristiandad ni todos los santos del cielo. *(Vase Arcadio y casi simultáneamente aparece Marco en la terraza.)*

MARCO

Descienda la bendición divina sobre el hijo del rey.

LORENZO

Que es vuestro humilde siervo.

MARCO

El Señor me envía para consolarte y fortalecerte. Vengo á que le pidamos juntos el fin de tus tribulaciones.

LORENZO

Por desgracia, padre, no es con oraciones con lo que mi enfermedad se cura.

MARCO

Blasfemas dudando de Dios porque el dolor te ciega. La confianza en su infinito poder mitiga todas las amarguras del mundo.

LORENZO

Así lo creo; pero la mía es mayor que mi fe. Me domina y me vence.

MARCO

Resígnate y lleva el pensamiento á lo alto. La resignación calma lentamente el dolor de la herida y el tiempo borra la señal.

LORENZO

Si no la hace más honda.

MARCO

Con la soledad y la oración el espíritu triunfa siempre.

LORENZO

El espíritu de los santos, pero no el de los hombres. Vos, aislado en una cabaña, habréis podido encontrar la felicidad; yo encontraría la locura. Mi mal no tiene remedio.

MARCO

Todos lo tienen en la voluntad del hombre. ¿Qué mal es el tuyo?

LORENZO

¿Para qué decirlo, si la medicina que ha de curarle no está en vuestra mano?

MARCO

¿Ni en la de Dios tampoco?

LORENZO

En la de Dios, sí; pero no por vuestra mediación, padre. Al contrario, si os la pidiera deberíais maldecirme.

MARCO

¿Por qué? Mi misión es de paz. Un solo instante de arrepentimiento borra los crímenes monstruosos. ¿Tan grande es el tuyo, que ni con el deseo de la enmienda puede alcanzar la divina gracia? Cálmate y dime la causa de tu pena.

LORENZO

Debéis saberla, puesto que mi padre os envía.

MARCO

Solo sé que sufres; que el enemigo te atormenta con deseos impuros, que tu alma se rebela ante la razón y que tu ceguedad puede trastornar el reino.

LORENZO

Así es.

MARCO

Pero sé también que si todos los hombres deben ser fuertes contra la tentación, los príncipes han de tener más fortaleza que los demás, puesto que el castigo de sus pecados no sólo cae sobre su cabeza, sino que puede alcanzar á su pueblo. Reponte, hijo; ten fuerzas. Bastará para ello con que recuerdes quién eres.

LORENZO

Eso estaría bien si el corazón de los reyes no fuera igual al de los vasallos. Perdonad, pero vuestros consejos son inútiles; me los he dado á mí mismo cien veces y la pasión me impide oirlos.

MARCO

¡La pasión! Débil obstáculo cuando la voluntad es firme.

LORENZO

Vos no podéis entender de eso, padre. Allá arriba, entre la silenciosa quietud del monte y la serena calma del firmamento, ¿qué podéis saber de las infinitas angustias que entristecen el alma y de las llamaradas del amor que encienden la sangre?

MARCO

¿Es amor de mujer lo que te entristece y acongoja?

LORENZO

¿Y qué otra cosa pudiera ser que yo no venciera?

MARCO

Pues esa es, de todas las deventuras de los hombres, la que, por estar solamente en la imaginación, mejor y más pronto se combate. No sueñes que amas y te desprecian, que eso espolea el deseo con el acicate de la vanidad ofendida; piensa que te aman también con un ardor igual al tuyo, y ello bastará para que el amor, fingiéndose correspondido y satisfecho, se muera de cansancio.

LORENZO

Grande es vuestra sabiduría; pero ignoráis que no se sueña lo que se quiere. No he conocido jamás hombre alguno capaz de hazaña semejante.

MARCO

Yo, sí.

LORENZO

¿Quién?

MARCO

Quien al adivinar la traición en los ojos de la mujer amada supo apagar con lágrimas de sangre la llama de los celos; quien halló en su orgullo de hombre fuerte las armas para combatir el ansia de la carne y huyó de la hermosura tentadora para no caer en el abismo de la infamia.

LORENZO

¿Dónde y cómo huyó?

MARCO

Allá arriba, al bosque salvaje, donde se ve más grande á Dios y más pequeño al mundo, donde el ayuno y la oración doman el instinto, y donde se encuentra la paz tras largos años de torturas sin nombre y de deseos locos que atreviesan el corazón como puñales. Tú no puedes entender de eso, príncipe.

LORENZO

¡Sí! Lo entiendo y os entiendo, padre... Y ahora es cuando vos podéis entenderme. *(Aparece Fabricio en la terraza.)*

MARCO

¡Silencio!

FABRICIO

Señor...

LORENZO

¿Qué quieres?

FABRICIO

El mayordomo del rey me envía un mensaje.

LORENZO

Y ¿qué tiene que decirte el mayordomo del rey?

FABRICIO

Que con el mensajero vienen algunas personas que han de presentarse á Vuestro Alteza de orden de Su Majestad.

LORENZO

¿Otras personas? ¿Más frailes acaso? *(A Marco.)* Mi padre es capaz de enviar, para ayudaros, una comunidad entera.

FABRICIO

No se trata de monjes, señor; sino de una tropa de saltimbanquis de los que en la plaza pública divierten al populacho con juegos y canciones.

LORENZO

¡Ah! ¿Saltimbanquis también? *(A Marco.)* Ya lo veis, padre, el rey no confía demasiado en vuestros sermones, y enciende una vela á Dios y otra al diablo. *(A Fabricio.)* Despide á esa gente, Fabricio.

MARCO

Al contrario, recíbela. Y alegra tu corazón y distrae tu pensamiento.

LORENZO

¿Creéis, santo varón, que ya no lo intenté en vano con fiestas más grandes y placeres más vivos?

MARCO

Pero estas diversiones del pueblo, ingenuas y sencillas, son como el aire del campo, que purifica y fortalece.

LORENZO

¡Lástima que no lo hubiera sabido el hombre fuerte de vuestro cuento! Pero, puesto que lo queréis, hagamos la prueba. Que entren, Fabricio.

MARCO

Yo, entretanto, pediré á Dios que nos ayude. Haz que me guíen á la capilla.

LORENZO

(Llamando.) ¡Arcadio!

MARCO

Mi presencia aquí podría infundirles respeto.

ARCADIO

(Saliendo.) Alteza...

LORENZO

Guía hacia la capilla á este venerable monje. Y sigue vigilando el sendero. *(Vanse Marco y Arcadio. En seguida sale Fabricio.)*

FABRICIO

Pasad. *(Entran los saltimbanquis, hombres y mujeres, danzando y gritando, con cascabeles y panderetas. Al frente de ellos Silvia, y tras ellos Daniel y los demás cortesanos. Todos saludan al príncipe.)*

SILVIA

Oid la leyenda
del moro de Argel,
gentil caballero
y apuesto doncel.
Por los campos feraces de Berbería
la caravana
marchando va.
La ilusión tentadora, que es quien la guía,
le dice siempre
que es más allá.
Á un moro que una noche
soñó despierto,
una hurí del Profeta
se apareció.
—Si me adoras —le dijo—
cruza el desierto
y asciende á la montaña
que allí estoy yo.
Y por eso avanzando de noche y día,
buscando el sitio
donde ella está,
por los campos feraces de Berbería
la caravana
marchando va.
La ilusión la espolea,
pero la engaña,
y cuando al fin asciende
por la montaña,
llega á la cumbre
y allí no está,
y una voz misteriosa la dice
que es más allá.
Corre el mancebo
por mar y tierra
del valle fértil
á la alta sierra
perpetuo esclavo
de una ilusión
que nunca alcanza
su corazón.
Y en todas partes, en los caminos
por donde va,
la voz le dice que siga andando
que allí no está
y es más allá...

—

Esta es la leyenda
del moro de Argel,
gentil caballero
y apuesto doncel.
En ella, con colores de fantasía
la vida entera
pintada está,
que con una esperanza por norte y guía
la caravana
marchando va.
Y allí no está
que es más allá...

LORENZO

Bien está tu leyenda, mujer, pero más entristece que alegra.

SILVIA

Porque tu espíritu no será capaz de conmoverse con la dulce poesía del desierto.

LORENZO

Tienes razón; ni con esa ni con ninguna.

SILVIA

¡Quién sabe! Yo estoy segura de que mis compañeros y yo acabaríamos por agradar á Vuestra Alteza. Sabemos muchas cosas: voluptuosas danzas orientales, trovas de amor de pastores y zagalas, coplas picarescas de doncellitas livianas y galanes atrevidos, romances de aventuras maravillosas, cuentos de hadas...

FABRICIO

Si Vuestra Alteza quiere, aposentos hay para toda esta gente en el castillo.

LORENZO

¿Queréis curarme á mí ó divertiros vos-

otros? Dejadme de cuentos y romances. Regalad á esta gente en mi nombre, y que siga en paz su camino. *(Vase.)*

FABRICIO

Ya lo oyes, hermosa. Nosotros hubiéramos querido teneros un año como huésped, pero no habéis logrado divertir á Su Alteza.

SILVIA

No es extraño. *(A los saltimbanquis.)* Vámonos, compañeros. Las cantigas de ternura no se hicieron para oídos de príncipes. *(Cuando van á retirarse aparece en la terraza Sara, que, con el ademán, los detiene.)*

SARA

Esperad, si queréis presenciar un milagro.

FABRICIO

¿Eh? ¿Qué mujer es esta? ¿Cómo y por qué te dejaron entrar?

SARA

Porque traigo la olorosa flor de los sagrados montes de Palestina, la que produce el prodigioso bálsamo para las heridas del alma, la que cura los males del corazón y acaba la locura de los celos.

FABRICIO

¿Quién eres?

SARA

Nadie me lo preguntó jamás. Todos me piden la salud sin mirar el origen de mi poder oculto.

FABRICIO

Grande ha de ser, cuando te abrió las puertas de este castillo real, donde no se entra tan fácilmente.

SARA

Os equivocáis; no he necesitado apelar á mi arte para nada. El talismán que me ha allanado los obstáculos es muy sencillo. Vedlo. *(Le entrega un pergamino.)*

FABRICIO

Un salvoconducto.

SARA

Firmado por el rey. Por él veréis que no sólo puedo entrar aquí cuando se me antoje, sino en la misma cámara del príncipe.

FABRICIO

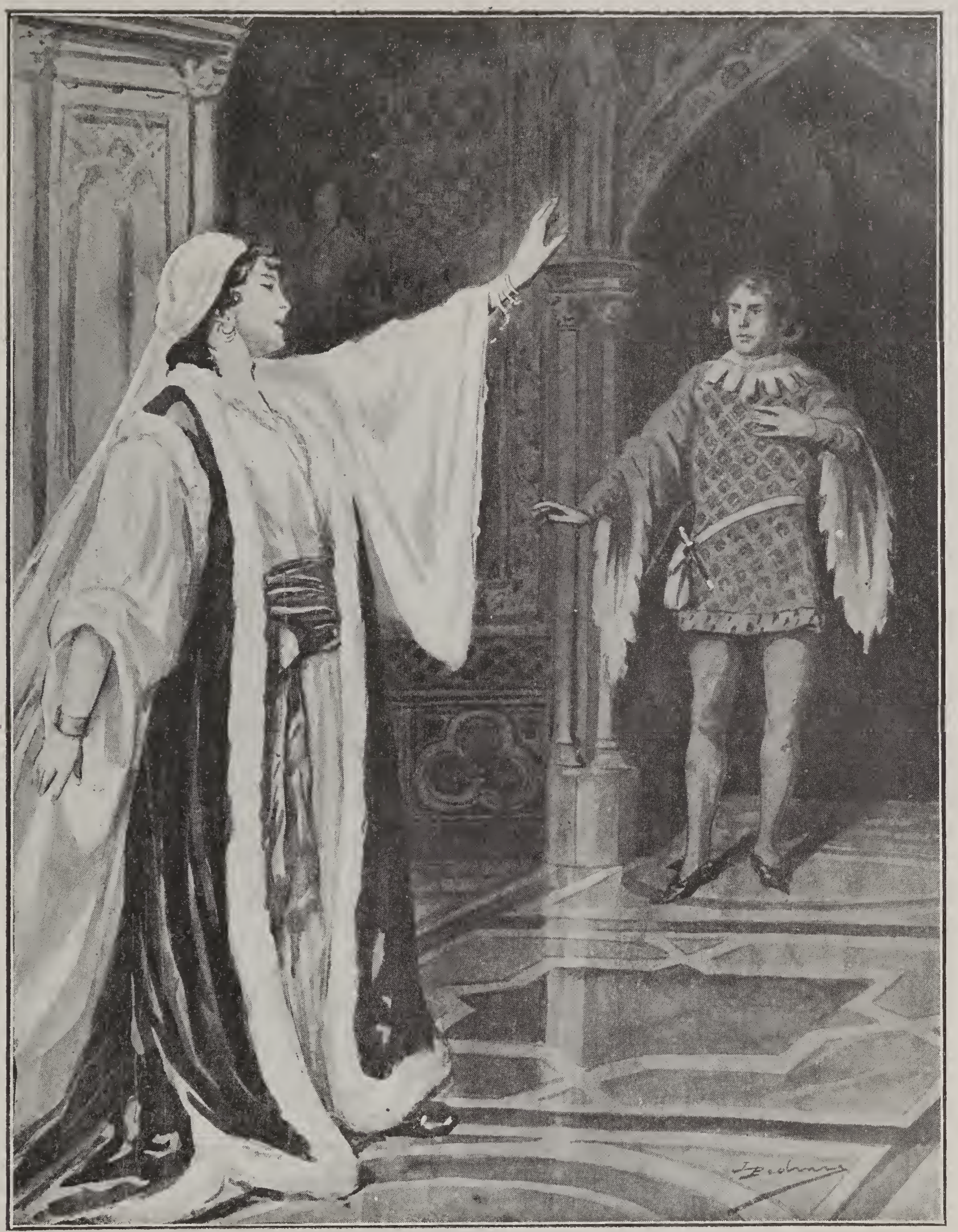
¿Cómo lo lograste?

SARA

No fuí yo, sino mi fama, que desde los humildes lugares llegó hasta palacio. ¿No os he dicho que con jugo de plantas y esencia de flores hago curaciones maravillosas?

FABRICIO

¡Ah! ¿Y vienes á intentar la del príncipe?



SARA

A intentarla y á conseguirla.

FABRICIO

¿Estás segura?

SARA

Sí; la vida me va en ello.

FABRICIO

¿Cómo?

SARA

El rey me ha ofrecido un tesoro si Su Alteza se salva, y castigarme como hechicera si mi ciencia es inútil. Ya comprenderéis que cuando he aceptado el trato es porque está en mi mano curar á Su Alteza.

FABRICIO

Sólo una mujer es capaz.

SARA

Sólo una mujer. Yo.

FABRICIO

(Aparte á ella.) Sospecho que no eres lo que pareces.

SARA

(Aparte á él.) Pues callaos vuestras sospechas, que quien puede salvar á un príncipe mejor podrá perder á un mayordomo. Id y avisad que le espera...

FABRICIO

¿Quién?

SARA

Una maga de Oriente que ha jurado devolverle la salud y la vida.

FABRICIO

Haré lo que pides. (No mentía la fama de esta mujer. Domina y vence.) *(Vase.)*

SARA

Salid también vosotros y perdonad, señores. Necesito recoger mi espíritu en la soledad para evocar las fuerzas misteriosas que van á ayudarme. Cuando volváis, el príncipe estará curado y se alzará vuestro destierro.

DANIEL

¡Dios lo haga!

SARA

Confiad. Lo hará Dios... conmigo. *(Vanse todos. Sara, viéndolos marchar, sale á la terraza y queda junto al muro almenado, de espaldas, contemplando abstraída el paisaje. Salen poco después Fabricio y Lorenzo.)*

FABRICIO

Aquella es, señor.

LORENZO

Déjanos.

FABRICIO

(Yéndose.) Habrán engañado al rey ¿ó Su Majestad se habrá dejado engañar adrede?

LORENZO

¿Sara?

SARA

(Volviéndose, pero sin apartarse del muro.) Sí, yo. ¿Lo habíais adivinado?

LORENZO

¿Quién, sino tú, podía ser la maga segu-

ra de curarme? ¡Bendita seas! *(Avanzando hacia ella.)*

SARA

(Deteniéndole con el ademán.) ¡Quieto! Vigilarán, escucharán, y podrían separarnos para siempre sin que sepáis lo que vengo á deciros.

LORENZO

¿Es grave?

SARA

Mucho.

LORENZO

Habla.

SARA

Que estoy segura de que no me amáis, príncipe.

LORENZO

¿Yo? ¿No te amo yo, que muero por tu ausencia y recobro la vida con sólo verte?

SARA

Eso no basta.

LORENZO

¿No?

SARA

No; todos mis adoradores me dicen lo mismo.

LORENZO

¿Todos? ¿Te lo dicen todos? ¡Infame! ¿Has venido á recordarme que tienes muchos?

SARA

Calmaos; no he venido á eso. Supongo que lo recordaréis á todas horas sin que yo os lo diga.

LORENZO

Sí, ¡á todas horas! Y eso es lo que me atenaza el corazón y me enciende la sangre.

SARA

Y eso es lo que os hace creer que me amáis, siendo mentira. Si no me codiciaran todos, si no me persiguieran los hombres como bestias, mi enamorado príncipe me habría despreciado y abandonado hace mucho tiempo, como abandonó y despreció á tantas infelices que fueron sólo suyas. ¡Negadlo!

LORENZO

¡Lo niego! Te amaría más, puesto que te amo, á mi pesar, siendo como eres.

SARA

Vamos á verlo. ¿Me esperabais?

LORENZO

Sí.

SARA

¿Por qué?

LORENZO

Porque me habías prometido venir, fuera como fuera.

SARA

Luego teníais fe en mi palabra, á pesar de saber que hasta en peligro de muerte podría verme por cumplirla. Comparad mi conducta con la vuestra y juzgad.

LORENZO

¿Qué quieres decir?

SARA

Que si una pobre aventurera, sin otro amparo que su astucia, consigue llegar hasta vos arriesgándolo todo, tiene derecho á dudar del hijo de un rey que ni siquiera intentó llegar hasta ella.

LORENZO

La empresa hubiera sido imposible. Mi propia estirpe me sirve de grillete. El heredero del trono tiene siempre cien ojos que le espíen, cien oídos que le escuchen...

SARA

Y cien brazos que le sirvan.

LORENZO

Pero no contra la voluntad del rey.

SARA

También está en contra mía y más gente que á vos me espía y me escucha. Y aquí estoy.

LORENZO

¿Será porque me amas de veras?

SARA

¿No acabo de probarlo?

LORENZO

Pero no me atrevo á creerte... Este resplandor de felicidad, después de las sombras de la duda, me deslumbra y me ciega... ¡Sí, sí te creo! No arriesgarías tanto si me engañaras. *(Abrazándola.)* Y ahora... ¡Siempre así! ¡Eternamente mía!

SARA

¿Eternamente? No seáis ambicioso, príncipe.

LORENZO

¡Cómo! ¿Qué dices?

SARA

Que os contentéis con lo que os dan de presente y respetéis el misterio de lo por venir. Nada hay eterno en la tierra.

LORENZO

El amor, sí.

SARA

El amor menos que todo lo demás. ¡Mía para siempre! ¡Mil veces me dijeron lo mismo!

LORENZO

¡Otra vez el recuerdo de tu infamia! Déjame, ¡aparta! Eres perversa y gozas con

serlo. Atraes para desesperar y desesperas para atraer.

SARA

Así era cuando me conocísteis. Tomadme como soy ó dejadme.

LORENZO

¡Ojalá pudiera!

SARA

¿Quién os lo impide?

LORENZO

No lo sé; una fuerza misteriosa que liga mi existencia á la tuya, un deseo imperioso de borrar tu pasado arrancándole de tu memoria y de la memoria de las gentes.

SARA

Probad á lograrlo.

LORENZO

¿Cómo?

SARA

¿No queréis que sea sólo para vos? ¡Sed para mí sola!

LORENZO

¿No lo soy ya?

SARA

Ahora sí. Mas tarde, cuando seáis rey, tendréis que sacrificarme por la paz del reino.

LORENZO

No seré rey. Huiremos donde quieras, á vivir obscuramente, humildemente, lejos y solos.

SARA

¡Dejaos de sueños! La tranquila posesión traería el hastío, y me acusaríais de haber perdido el trono por mi causa.

LORENZO

No; porque tu fidelidad vale más que el trono.

SARA

Y ¿quién os dice que yo puedo ser fiel á ese precio?

LORENZO

¿Ves? Me atormentas por capricho.

SARA

No; digo la verdad. La prueba de amor que puede rendirme ha de ser mayor todavía.

LORENZO

¿Cuál?

SARA

No descendáis hasta mí, que lo han hecho todos; elevadme hasta vos, que no lo ha hecho nadie.

LORENZO

¡Sara!

SARA

¡Príncipe!

LORENZO

Me asusta comprenderte. ¿Tú reina?

SARA

¿No lo soy de tu corazón?

LORENZO

Calla. Déjame. Eso es imposible. Y ahora te comprendo y te conozco... Era la ambición; una ambición desatentada y loca, lo que ocultaba tu amor fingido.

SARA

(Riendo.) ¡Ay! Mi pobre príncipe, que no ha podido resistir la prueba.

LORENZO

¿Oh? ¿Cómo?

SARA

Yo ¿para qué quiero tu corona, si tuve muchas á mis pies y las aparté á un lado para no perder mi libertad? Guárdatela si quieres; pero no digas que me adoras, puesto que ni de burlas te atreviste á ofrecérmela.

LORENZO

¡Ah, mi vida, mi amor! Me enloqueces y me subyugas... Harás de mí lo que quieras, seas como fueres. *(Sale precipitadamente Arcadio.)*

ARCADIO

Señor... ¡Ah! Era ella.

LORENZO

Sí; ella. Se atrevió á venir porque... ya lo ves; me ama á mí solo. ¿Lo dudas? ¡A mí solo!

ARCADIO

Yo nada digo, Alteza.

LORENZO

Anuncia por todo el castillo que está curado el príncipe. Que se queden los saltimbanquis, que dispongan las más exquisitas viandas y el vino más añejo. ¡Quiero celebrar con orgías y fiestas mi vuelta á la vida!

ARCADIO

Permitid antes que os dé las nuevas que traigo.

LORENZO

¿Cuáles son?

ARCADIO

Que acaba de llegar un pelotón de guardias del rey. Los he visto avanzar á galope y deben estar entrando en el castillo.

SARA

¡Los guardias del rey!

LORENZO

Nada temas.

SARA

Sí; vienen por mí, estoy segura. He

creído engañar á Su Majestad y he caído en el lazo.

LORENZO

¡Quién sabe! Esperemos.

ARCADIO

Aquí están. *(Sale Fabricio.)*

FABRICIO

Alteza. Un capitán de guardias del rey.

LORENZO

Que entre.

FABRICIO

Pasad. *(Salen el capitán y dos oficiales. Tras ellos los cortesanos.)*

CAPITÁN

A la orden de Vuestra Alteza.

LORENZO

¿Eres tú? ¿Qué quieres? ¿A qué has venido?

CAPITÁN

A daros escolta para que volváis á palacio.

LORENZO

¿Nada más?

CAPITÁN

Nada más.

LORENZO

Pero ¿el rey decide que concluya mi destierro?

CAPITÁN

Sí, Alteza. El corazón magnánimo de Su Majestad sufre separado de vos, y ni un momento más quiere prolongar el castigo.

LORENZO

Está bien. Iremos mañana. Fabricio, dispón alojamiento para la tropa.

CAPITÁN

Perdonad, señor. Han llegado embajadores; el rey va á recibirlos y vuestra presencia es necesaria. Debemos marchar sin perder tiempo.

LORENZO

¡Debiste empezar por ahí, capitán! Se trata, como siempre, de la razón de Estado. Y... ¿no traes otras órdenes?

CAPITÁN

Ninguna.

LORENZO

¿Puede acompañarme esta sabia mujer que con su ciencia prodigiosa acaba de curarme?

CAPITÁN

Acompañaros, no... y ya comprenderá la razón Vuestra Alteza. Pero puede ir cuando quiera á palacio, á recibir el premio ofrecido.

MARCO

Tienes razón. Partirá ahora mismo.

CAPITÁN

(A los oficiales.) Disponed su escolta.

MARCO

No; esperad. No necesita que la guarden soldados.

CAPITÁN

Lo ha mandado el rey.

MARCO

Pero la voluntad del rey es menos fuerte que la mía. Decidle que esta mujer no puede morir sin que la penitencia redima su alma. *(A Sara:)* Marcha. Eres libre.

CAPITÁN

Padre; eso no puede ser.

MARCO

Puede ser, puesto que Dios lo quiere.

(Sara, protegida por Marco, avanza lentamente hacia la salida. Todos se apartan inmediatamente para dejarles paso.)

CAPITÁN

Por la fuerza haremos que la sentencia se cumpla.

MARCO

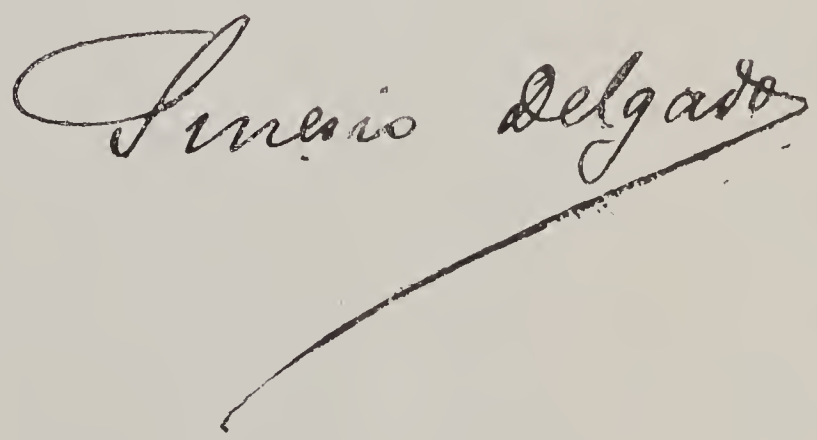
(Ya en el fondo, abriendo los brazos para ocultar la figura de Sara.) ¡Intentadlo! Amparada por la cruz se salva. La divina maldición caerá sobre el que se atreva á tocarme. *(Sale Lorenzo precipitadamente.)*

LORENZO

¡Eh! ¿Qué es eso, fraile? ¿Dónde va el amor de mi vida?

MARCO

Calla y detente. Tú no entiendes de esto, príncipe. *(Siguen el monje y la cortesana retirándose lentamente. Los demás, inmóviles, no se atreven á detenerlos.)*



9671.—Imprenta de Gabriel López del Horno, San Bernardo, 92, teléfono 1922.—Fotograbados de Enrique Blanco.
Papel fabricación especial de la Papelera Española.

EL LIBRO POPULAR

REVISTA LITERARIA

QUE PUBLICA EN CADA NÚMERO UNA NOVELA ILUSTRADA, COMPLETA Y RIGUROSAMENTE INÉDITA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En España, trimestre	2,50 pesetas.
» » año	9 »
En el Extranjero, trimestre	3,50 francos.
» » año	12 »

Número suelto, 20 céntimos.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. *INFANTICIDA, por Joaquín Dicenta.*
2. *EN LAS CAVERNAS, por la Condesa de Pardo Bazán.*
3. *EN LA MANIGUA, por Luis Morote.*
4. *LA HORA DE LA CAIDA, por Antonio de Hoyos y Vinent.*
5. *EL CRIMEN DE LA CALLE DE TUDESCOS, por Carlos Miran*
6. *INÉS DE MAGDALA, por Antonio Zozaya.*
7. *LA COFRADÍA DE LA PIRUETA, por Emilio Carrére.*
8. *¡REDENCIÓN!..., por Joaquín Dicenta.*
9. *HISTORIA DEL PAPA ABDÓN, por Antonio Domínguez.*
10. *LA INDECISA, por Carmen de Burgos (Colombine).*
11. *EL NÁUFRAGO, por Felipe Trigo.*
12. *EL ANACORETA, por Sinesio Delgado.*

En el siguiente número publicará **EL LIBRO POPULAR**

EL CASO DEL DOCTOR ITURBE

NOVELA POR RAFAEL LOPEZ DE HARO

Seguirán originales de los Sres. José Nakens, Tomás Luceño, Felipe Trigo, Zúñiga, Antonio Casero, Insúa, Pedro de Répide, Antonio Cortón, *Don Modesto*, Zamacois, Antonio Viérgol, *El duende de la Colegiata* y Luis Mazzantini, que se publicará en seguida.

SIN EXCEPCIÓN

No se admitirá original que no se haya solicitado

LORENZO

(Aparte á Sara.) ¿Ves? No hay temor.

SARA

Desconfiad. Presiento que todo es mentira.

LORENZO

Si lo fuera... también venceríamos. *(Aparte á Arcadio.)* Arcadio, el monje del Peñascal, seguirá orando en la capilla. Dile que le aguardo en mi cámara. *(Vase Arcadio.)*

CAPITÁN

¿Os disponéis para marchar, Alteza?

LORENZO

Sí; ahora mismo. Esperadme. *(Vase.)*

FABRICIO

Señores, ya lo oís. Gracias á Dios ó al diablo, volvemos á la corte.

DANIEL

Y creo que perdemos el tiempo en vez de prepararnos para la vuelta.

SARA

Yo iré con vosotros.

CAPITÁN

No; esperad. Vos llevaréis otro camino. Estáis presa de orden del rey.

SARA

¿Cómo? ¿Por qué? ¿No habéis oído que he cumplido mi palabra y he curado al príncipe?

CAPITÁN

Pero vuestras artes maravillosas os han engañado esta vez. Prenderos en la ciudad, donde el pueblo os adora y los nobles os aman, era más difícil que en el castillo, donde nadie ha de oponerse. A Sara la aventurera, sin otro delito que el de ser hermosa, era imposible castigarla; á la maga sin nombre se la puede acusar de hechicera... ¿Comprendéis? Vuestra misma astucia os ha perdido.

SARA

¡Esto es una iniquidad! ¡Hablaré al príncipe!

CAPITÁN

(Interceptándola el paso.) No puede ser. Su Alteza va á salir con su escolta. Vos también llevaréis la vuestra.

SARA

¿Para qué?

CAPITÁN

Para conduciros al puerto más próximo, desde donde partiréis desterrada para la isla de las Rocas negras.

SARA

¡Eso, jamás! Conozco vuestra isla. De cuantos el rey envió allá nunca llegó ninguno. Condenar á ese destierro es conde-

nar á muerte en el fondo del mar... ¡No iré, os digo!

CAPITÁN

Sentiré conduciros á la fuerza.

SARA

¡Ved lo que hacéis! Soy extranjera y vuestro rey no tiene dominio sobre mí.

CAPITÁN

No lo sé. Cumplo sus órdenes.

SARA

¡Atreveos! *(En este momento aparece Marco.)*

CAPITÁN

Señores oficiales, sujetadla. *(Cuando los oficiales se acercan á Sara para cumplir la orden avanza Marco resueltamente.)*

MARCO

Deteneos, señores oficiales.

FABRICIO

¡El monje!

CAPITÁN

¡El santo!

SARA

(Corriendo á guarecerse tras él.) ¡Ah! Dios os envía, padre. ¡Defendedme!

MARCO

El empleo de la fuerza contra una mujer no es lícito para los caballeros. ¿Por qué queríais prenderla?

CAPITÁN

Por mandato de Su Majestad.

MARCO

¿Qué delito es el suyo?

CAPITÁN

No nos toca averiguarlo. Hemos recibido la orden de conducirla á la isla de las Rocas negras, y debemos cumplirla.

SARA

Padre, esa isla es la muerte.

MARCO

Sí, es la muerte. Capitán, nadie puede emprender ese viaje sin que la religión le fortalezca. Salid y esperad. Yo os prometo que con esta mujer será inútil la violencia. Por su propia voluntad ha de seguiros.

CAPITÁN

Obedezco, padre, pero pensad que represento al rey, que está sobre todos nosotros.

MARCO

Y piensa tú que el solitario del Peñascal representa á Dios, que está sobre el rey. *(Retíranse todos después de besar hu-*

mildemente el hábito del fraile. Quedan, pues, solos, Sara y Marco.)

SARA

Gracias, padre mío.

MARCO

¿Eres cristiana?

SARA

Sí.

MARCO

¿Qué crimen cometiste para merecer tan grave pena?

SARA

Ninguno. Ser amada por el hijo del rey.

MARCO

¡Ah! ¿Bajo ese disfraz se esconde la cortesana que ha enloquecido con sus hechizos al príncipe?

SARA

No es mía la culpa. Tengo, contra mi voluntad, el don maldito de enloquecer á los hombres.

MARCO

Porque no habrás pedido á Dios que te libre de él.

SARA

Solo una santa lo haría, padre.

MARCO

Con ser virtuosa basta para huir del pecado de orgullo.

SARA

¿Me oís en confesión?

MARCO

Sí; en confesión te oigo.

SARA

Pues os diré la verdad. Si encuentro un placer en atormentar á los que me desean, sembrando á mi paso pasiones del infierno y gérmenes de feroces odios, no es por vanidad, sino por venganza.

MARCO

¡Venganza! ¿De quién?

SARA

De un hombre en todos los demás. Del primero que se miró embelesado en mis ojos, del que encendió en mi pecho la lumbre del verdadero amor, inextinguible y puro, que no se ha apagado todavía.

MARCO

¿Tan malo fué para ti aquel hombre?

SARA

Sí; muy malo. Despertó mi alma con palabras dulces y promesas de goces infinitos para martirizarme después con sus dudas crueles y sus celos salvajes, y

abandonarme al fin sin compasión ni lástima.

MARCO

Mientes.

SARA

¿Que miento? ¿Me conocéis acaso, padre?

MARCO

Te conozco. Jugaste con el corazón de tu primera víctima, como has jugado después con los demás, y fuiste entonces más criminal que nunca, porque los otros de quienes te burlaste no te dieron más que riquezas, y aquél te dió su vida y su alma.

3 0112 098524512

SARA

¿Os lo ha dicho él, por ventura?

MARCO

Sí, él, que conmigo buscó en las altas montañas el remedio á las penas horribles que atormentaban su espíritu.

SARA

Y que no son tan grandes como las mías, padre.

MARCO

¿Por qué?

SARA

Porque en el trance de muerte en que me encuentro no puedo ir con vos allá arriba, envuelta en el burdo sayal del penitente, á decirle que me perdone, que me aguarde hasta que, purificada también por la oración y el cilicio, puedan nuestras almas unirse ante Dios para siempre en el amor santo que vivió en mi corazón entre las tempestades de mi vida, y que dichosa y feliz leí en sus ojos.

MARCO

¿Cuándo?

SARA

¡Ahora!

MARCO

¡Calla!

SARA

Pero cuando arrepentida de mis culpas me entreguéis á los guardias del rey, id y decidle que aquella divina ternura que sembró en mi alma no se envenenó jamá con las impurezas del mundo. Decidle...

MARCO

¿Qué?

SARA

Que así como él no encontró nunca el consuelo del olvido, yo hallé siempre ¡siempre! un goce misterioso y profundo en el santo recuerdo de mi primer amor, y que redimida por él voy á marchar á la muerte ahora mismo.

MARCO

¡Calla, infeliz! ¿Tú no sabes que si él te creyera, que si él pensara que en esa tormentosa vida de aventuras locas tu corazón había sido siempre suyo, el ansia ya vencida renacería en su pecho para su codenación eterna? ¡Calla! ¡No, no puede ser! ¿Tú no sabes?

SARA

¿Qué? *(Quédanse mirando intensa y profundamente durante largo tiempo, hasta que de pronto salen el capitán, los oficiales, Fabricio, Daniel y los cortesanos.)*

CAPITÁN

Perdonad, padre; pero es preciso terminar. Esa mujer debe partir antes de que el príncipe salga.